

EL TEXTO ERÓTICO

ANTONIO DOMÍNGUEZ REY
UNED

RESUMEN

El hecho de querer formular una teoría de la literatura al margen del lenguaje que la fundamenta, o el de considerar a éste como simple convención arbitraria, transgrede o relativiza un fenómeno originario, el del pensamiento erótico. Desde los diálogos de Platón hasta nuestros días, desde Sócrates a A. Machado, existe un principio inherente al lenguaje que formaliza la transitividad «genética» del hombre creando una voz alterativa. El lenguaje mismo resulta la incidencia, o la cisura, siempre renovada por un intento de sutura —retórica—. En el espacio del impulso al deseo cumplido se constituye la sintaxis de la ficción como una metáfora radical que posibilita cualquier otra unión reparadora.

ABSTRACT

The intention of formulating a literary theory without taking into account the language on which it is based, or just regarding it as a mere arbitrary convention, transgresses or renders relative a primeval phenomenon that of erotic thinking. Plato's «Dialogues» until the present day, from Socrates to A. Machado, we find an inherent principle in language which gives form to the «genetic» transitivity of man

creating another's voice. Language itself becomes incidence, caesura, continually revived by a kind of rhetorical suture. It is in that interval between an impulse and the fulfilled desire that the syntax of fiction as a radical metaphor which enables any other repairing union is rendered possible.

Al definir las funciones esenciales de la lingüística, L. Hjelmslev recurre a la imagen de un auditorio compuesto por miembros e invitados. Los miembros, que son las formas del contenido y de la expresión, constituyen la matriz del sistema. Los invitados —sus respectivas sustancias— asisten en calidad de testigos circunstanciales. Hoy son éstos y mañana pueden ser otros. Al club de la lengua sólo pertenecen las formas. Se excluye la cosa en sí —«Ding an sich»— como objeto formal de estudio y la «Wesensschau» fenomenológica en tanto orientación científica. Hjelmslev prescinde, en aras de la simplicidad, del dogma platónico de la sustancia (1985: 76-77). Esta reducción formal de la lengua es sólo un caso particular del sistema semiótico más generalizado, que contempla las relaciones de formas y sustancias en el marco de la expresión y del contenido (1971: 47).

Así pues, la lengua funciona como esquema ideal de las situaciones, pero se adapta a cualquiera de ellas (1985: 81). Y según esto, la lingüística elabora el modelo estructural de la ciencia y, en concreto, de la literatura, a la que indica su principio de clasificación empírica (1985: 78). En cuanto realización práctica, como glosema o conjunto de glosemas, la literatura tiene también estatuto particular dentro de la semiótica (1971: 67). Al margen de una relación interna, sintagmática y selectiva, el uso literario queda reducido a *expresión* de contenidos ajenos a la lengua. Pero esto implica, según Hjelmslev, que la lengua misma se transforma en expresión de un nuevo contenido, originando un sistema abierto, semiótico (1985: 85-86).

La literatura es, en tal enfoque, el invitado singular que descubre, con su uso, la identidad y el carácter de los miembros del auditorio. A ella le corresponde la incorporación del tiempo excluido en el

sistema. Una vez más, la manifestación se convierte en revestimiento de una forma oculta. A través del manifestante descubrimos, en latencia, el manifestado. ¿Y no es esto, preguntamos, un desvelamiento? El propósito de quebrar el dogma de la sustancia cae, sin pretenderlo, en un formalismo de esencias. Lo que es, remite a otra forma invisible del ser. Lo dado determina un esquema implícito. Estamos ante una segunda articulación de orden abstracto y, a la vez, concreto.

El subsuelo lógico de Hjelmslev, derivado del primer Husserl y sometido al esquematismo sociológico de Saussure, contrae un principio básico de sus primeros estudios: que «la forma es directamente tangible», «parte integrante de la expresión» y que «está siempre presente en la subconsciencia», porque es «intermediario entre el pensamiento y el habla» (1976: 124, 127). Esta consideración formal atañe a las mismas sustancias, a pesar de que las excluye del sistema. La sustancia lingüística ya es una determinación de la forma al proyectarse ésta sobre un sentido dado en la sustancia semiótica precedente, que resulta, a su vez, de una apreciación colectiva, por tanto, de una inmersión en el océano de la lengua con usos diferenciados (1971: 64). El principio formal atiende a todo el sistema.

Esta omnipresencia de la forma actualiza también la función del demiurgo platónico. Hoy día se disfraza con nombres que aún contienen resabios de su latencia. Así acontece con el concepto de ficción y de imaginario en W. Iser. La ficcionalidad es forma dinámica —«eine dynamische Form»— que considera la condición estática de las sustancias, físicas o culturales —el texto, entre otras—, como matriz de una determinación posterior (Iser, 1991: 145). En la distancia así creada transcurre un proceso o discurso escenificado —«der inszenierte Diskurs»—. La escena proviene de un pacto entre el autor y el lector sobre base convencional del lenguaje. El texto funciona entonces como partitura y el lector como intérprete. El signo literario será el punto preciso de encuentro entre ambos. Se crea y organiza en la lectura (Iser, 1970: 7). El texto sólo ofrece una indeterminación de valores virtuales o espacios vacíos, «Leerstellen». La ejecución del

acto de lectura los llena dotándolos de sentido. En esto consiste el carácter *Appellstruktur* del texto, porque el vacío se cubre con la respuesta que damos a su llamada latente mediante la ficción o fantasía. Y en tal acto de lectura nos experimentamos nosotros al mismo tiempo como lectores (Iser, 1970: 35). Esa latencia es ya «Anweisung», indicación direccional, y «Wirkung» o fuerza implícita con efecto práctico. El texto viene a ser semilla fecundable en el terreno de lectura.

Esto supone que tal acto está premodelado —«vorgezeichneten»—. Contiene un lector implícito o virtual que no prefigura, sin embargo, la situación ni el perfil de un lector concreto (Iser, 1972: 81). Lo prioritario para este autor es el transcurso a través del texto (1976: 8), incluidas la situación y experiencia determinada del lector en el momento preciso de lectura. Se trata, ante todo, de un acto social.

El texto iseriano implica un principio inmanente del significante. Su aspecto dinámico y orientador nunca deja en reposo los significados de las formas. Al leer, se produce un contacto de transmisión energética. Tal impulso aporta, en nuestra opinión, una plusvalía vivencial. Y este «plus» constituye la novedad del intérprete. La crítica literaria encuentra justificación en tal aporte, demostrando que los significados, como dice Iser, cambian siempre (1970: 6). Para nosotros, la base de este principio dinámico del significante es el sentido inmanente del texto. Precede y atraviesa todos los significados. La lectura descubre, en uno mismo, ese factor implícito y emergente. Los significados abren el horizonte bajo el impulso del sentido que los potencia. En palabras del poeta francés B. Vargaftig (1994: V), «Le sens nous saisit en meme temps que nous le saisissons». Sólo así puede explicarse la concepción lingüística de Iser, según la cual el lenguaje queda siempre superado en cuanto tal lenguaje. La forma específica de la ficcionalidad, aunque apoyada en él, no es propiamente verbal (Iser, 1991: 33, 46, 47). De ahí, también, que no baste la lingüística para explicar la literatura (1991: 35). Las convenciones históricas y situacionales son, a la par de Hjelmslev, pero con presupuestos dife-

rentes, factores decisivos en la determinación ficticia del signo literario.

El sentido acaece en Iser a través de un retorno al nivel básico de referencia. Y ello en tres niveles: selección, combinación y relación. Todos implican una progresiva epojé —«Entgrenzung», «Überschreiten», «Einklammern»—, léxica, semántica y referencial, hasta obtener una forma —«Gestalt»— que convierte la *Textintentionalität* en *Selbstanzeige*, descubrimiento —«EntblöBung»— o auto-presentación de su propia ficcionalidad.

El proceso fenomenológico de Iser conduce a una consideración analógica y kantiana del «como si» o «Als Ob». Actualiza la tesis de la re-presentación, pero llevada a un grado ficticio de construcción imaginario-dramática de la realidad. En su esfera de conocimiento no cabe ninguna afirmación apodíctica (Iser, 1991: 48). Iser incide en el espacio que separa al prefijo re- del monema correspondiente a presentación, que, a su vez, contiene, como pre-sente, el morfema pre- y la raíz de ser —«praesens»—. El nivel ficticio es una reconsideración de la realidad según una forma de ella derivada, al entrar el hombre en contacto con el mundo mediante el lenguaje y sus esquemas imaginarios. El referente queda sometido a instancias de evaluación continua, según varíen sus condiciones pragmáticas de efectuación concreta.

Tal proceso se apoya en una consideración tetramembre del signo. La realidad es sometida a la ficción desde un conjunto imaginario en el que entran la fantasía y el esquema difuso de las prefiguraciones sin referencia objetiva. El significante se convierte en «Gestalt». Y en él descubrimos la «mimesis subversiva», con alusión a T. W. Adorno, según la cual toda objetivación de forma oculta una negación, aquello que aún no es o no alcanza a ser (Iser, 1991: 496). Aplicada a la antropología de la literatura, establece la tesis de la posición excéntrica: el hombre nunca se alcanza a sí mismo —«daß sich der Mensch nicht gegenwärtig sein kann» (Iser, 1991: 157).

El acto de lectura es una práctica de representación teatral «als ob», como si las cosas fueran según se presentan. Hay una «Ereignis»

en la transducción de los significados a un sentido que se muestra como expectativa. En su intermedio descubrimos la grieta —«Riß»— que separa al presente de la ausencia que anuncia: «Die Anzeige einer anwesenden Abwesenheit» (Iser, 1991: 408). El sentido será entonces la pragmática circunstancial de esa búsqueda, a la par que el lenguaje da cuerpo al tránsito expectante. El hecho de no alcanzarse uno a sí mismo, va determinando un objeto «als ob» en la misma fisura —«Riß»— del lenguaje y del conocimiento. Iser remite al objeto transicional de Winnicott. La diferencia entre lo real anunciado y lo encubierto, donde entra también el sentimiento del lector, procede de la fractura o hueco —«Leerstelle»— formado en la separación continua del presente. En ese vacío acontece además la posición de la forma en cuanto «Darstellung». Toda apariencia contiene una hendidura cuyo fondo resulta, sin embargo, fecundo. La indeterminación de su oscuridad es lo propio del fantasma o medio demiúrgico, transicional, entre el ser y su no ser. Aunque no tiene cualidad objetiva, condiciona todo tipo de presencia. Tal es el cometido de la figuración según Iser (1991: 503).

La «Darstellung» ficticia separa a la literatura del empirismo y de la ciencia, así como del mito y de la religión. No es científica porque su objeto, siempre fugitivo, no se aviene a medida controlable. Tampoco la define el empirismo, porque su fondo indeterminado acompaña, como una sombra del fantasma, a la luz del conocimiento, negándolo (Iser, 1991: 511). La forma objetiva se abre a un proyecto ficticio que queda al margen de los predicados de certeza y experimentación (1991: 513). La única empiria posible es la amorosa. En ella, cosa y fenómeno van juntos e inseparables, como experiencia evidente que no precisa un saber cuantitativo (1991: 509). Esta cosa es la vida, el contenido del sujeto, porque el hombre quiere saber qué sucede dentro de sí, qué es la agitación interna que lo impulsa. «Pourquoi mon coeur bat-il si vite? / Qu'ai-je donc en moi qui s'agite / Dont je me sens épouvanté?», se pregunta A. de Musset (1957: 305). Tal deseo de contemplación —«Anschauungsbegehren»— transforma al hom-

bre en tema del drama escénico. Por eso considera Iser la literatura un modo antropológico y no una categoría del conocimiento (1991: 508).

Saberse nunca alcanzables abre hacia una otredad de la forma. Presenta lo imposible de sí mismos como vida en manifestación múltiple. En ello radica la acción escénica —«Spiel»— de la literatura, a la que sólo corresponde el círculo del mundo (1991: 507, 508). Iser la define como autointerpretación humana —«Institution menschlicher Selbstausslegung» (1991: 512)—, pero sin que trascienda más allá del espacio momentáneo de la escenificación. No es forma de rango trascendental ni perlocutivo. La literatura se reduce a percepción del cambio posible desde una autoevidencia o «Evidenzerfahrung», implicado uno mismo en el proceso. El espacio dramático instaura, por un lado, la evidencia de lo inalcanzable o prohibido, y, por otro, las posibilidades alterativas, autointerpretándose uno en monólogo incesante. De este modo, la ficción decubre una carencia intrínseca en el concepto. Su función preológica anticipa, como «camaleón del conocimiento», lo que excede a la referencia, o repara lo que ha quedado conceptualmente reducido, todo ello sobre la base de una percepción previa «als ob», como si el objeto fuera dado así realmente (1991: 284, 288, 291, 489-491).

Iser parte de una presuposición de igualdad operativa en emisor y receptor (1991: 47), si bien la experiencia de ambos aduce un aporte cualitativo o de plusvalía, como lo denominamos nosotros. Tal criterio preside también la *elucidación* de Husserl, quien supone en los interlocutores una misma forma de reacción perceptiva ante los significados del texto. Al leer, surge una forma formante o en formación, similar al modo de productividad originaria (Husserl, 1976: 374). La «dynamische Form» de Iser recuerda esta obra de Husserl, así como la epojé o puesta entre paréntesis del mundo en la ficción «als ob».

Podemos decir lo mismo del carácter «Urhyle» del fantasma y de la base afectiva de la experiencia autoevidente (Iser, 1991: 510).

Aquí se da, como en Husserl, una infraestructura de anticipaciones que funcionan en unidad afectiva, pero cuyo rango aún no se manifiesta unitario en la forma aparente. Ejerce una función de «genetische Vorgänger» o antelación dinámica de la forma (Nam-In Lee, 1993: 116-117). A estos supuestos añade Iser la indeterminación significativa de la «subversive Mimesis», en la que también hay connotaciones de una erótica del pensamiento. La grieta —«Riß»— que inaugura, como vacío fecundo, la dualidad transferente de la nada en el ser, actualiza, además de otros aspectos energéticos, el abismo —«Kluft»— que, en Humboldt, separa a un fenómeno de otro, como a algo de la nada. En esa fisura se engendra precisamente el lenguaje (H. - W. Scharf, 1994: 173). El sonido articulado, si bien impenetrable, conforma el primer grado de unidad simbólica. En Iser resulta también impenetrable la unidad, siempre aparente, que determina el último grado de conformación o «Gestalt». Se da, es vivencial.

Hay dos aspectos decisivos en la clarificación de esta hipótesis por parte de Iser. Ambos remiten a un principio emergente de base impulsiva. El no abarcarse uno en la forma que se muestra pertenece a los orígenes explicativos del mundo y va asociado a su estructuración como efecto de una energía erótica que ordena el caos (T. Schabert, 1994: 154, 165). Iser alude al carácter imprevisto e incursivo del deseo cognoscente: «Evidenzerfahrungen haben einen überfallartigen Charakter, sie passieren einem und man ist in ihnen; man scheint gewärtigen zu wollen, was einem geschehen ist, wodurch die Evidenz zu Alternativen aufgesprengt wird» (1991: 509). La inmediatez incontestable de la evidencia amorosa —el texto es erótico— sugiere, sin embargo, preguntas. Iser desconsidera un deseo apremiante de conocimiento —«Wissensdrang»—, porque le parecería, dice, reparación de una insuficiencia. Sin embargo, habla también del despertar de un «Anschauungsbegehren», ya citado. ¿Qué diferencia existe entre ambos impulsos cognoscitivos? Ninguna, a nuestro parecer. El originario desdoblamiento en yo y mi contrario, éste como ausencia de lo que aún no soy según mis posibilidades, «Vor-Ich» e «Ich» en

Husserl, nace en el abismo o grieta —«Riß» y «Kluft»— del afecto. La diferencia es el resultado erótico de la voz interior adviniendo a forma. El texto resulta entonces una figuración de los impulsos diferenciadores.

Por otra parte, Iser describe la grieta como «die Gegenläufigkeit von Unvereinbarem Spielantrieb schlechthin, in dessen Entfaltung sich nichts gleich bleibt» (1991: 500). Asimismo, la representación es «eine Figuration dessen, was sich im Spiel als die Verbindung des Gegenläufigen gezeigt hat» (1991: 502). Resulta evidente el carácter demiúrgico de la ficción al relacionar y unir lo incompatible. Ahora bien, su impulso parece provenir de la misma energía que mueve a los contrarios en una dirección común. Tal movimiento recuerda el impulso unitivo de Aristófanes al explicar la escisión del género andrógino. La cópula de las partes escindidas engendra un nuevo ser y restaura la unidad perdida (Platón, 1950: 191, d). Iser también propone curar la fisura de la naturaleza mediante la representación ficticia de los opuestos. La carencia natural descubre posibilidades que el arte efectúa con el uso de la técnica (1991: 485). El corte de la hendidura o de la diferencia posibilita el deseo, apremiante y súbito, del conocer, tanto en el orden síquico, al modo de Pausanias, como en el corpóreo, a la manera de Erexímaco. Aristófanes reúne ambas tendencias en el afán unitivo para reconstruir la unidad perdida. Sea en sí o en otro, esa unidad, nunca alcanzada, se dispersa. El mismo espacio del otro, la inclinación alterativa del texto, favorece un continuo baile de máscaras en el ir y venir del erasta al erómano, con tendencia onanista en el lector-actor que escucha, a través de lo que dice, las resonancias de su propia voz. La carencia alcanza también a la fonología y la voz nace entre vibraciones asomadas a la grieta de la glotis. Al hablar, nos contemplamos, señala D. Schüler, «uns aos outros como presenças degradadas» (1992: 61). Sin esa erotización del discurso, el lector no acude al reclamo del texto. Su llamada es consecuencia de la fractura existente en cada uno de nosotros como marca ontológica.

La escenificación de Iser se encuadra en la oralidad erótica, dividida, según D. Schüler, en mundo de la cultura y del consumo, o el discurso como trituración (1992: 44). Al no haber una referencia trascendente, la horizontalidad del discurso abunda en rostros dramáticos o máscaras fantasmales de un mismo rostro invisible.

Este criterio responde a una consideración convencional y arbitraria del lenguaje. A la sintaxis de los vocablos no le corresponde la de las cosas, si bien éstas sólo alcanzan sentido en aquélla. Ahora bien, tal sentido será, a su vez, convencional, mero entimema o silogismo retórico, simple «Tanz der Worte», sin que este baile sea asimismo «Tanz der Dinge», como la intencionalidad del conocimiento, dirigida al mundo, presupone al estructurar el caos (T. Schabert, 1994: 183). Sería un silogismo retórico, porque se apoya, como explica R. Barthes (1970: 203), en la opinión pública y cuenta con la ignorancia de los auditores, a quienes se les incita, sin embargo, al placer de construir el argumento, como si respondieran a un criptograma. En términos de Hjelmslev (1971: 61), su base será también la opinión social o sustancia inmediata del contenido semiótico.

La tesis de Iser parte de la recepción y olvida que, sin un acto productivo correspondiente, no tenemos experiencia propia de los fonemas. La recepción implica actos articulatorios que configuran el primer nivel de sentido. Las imágenes musculares y las vibraciones de la voz a través del cuerpo contribuyen también a la recepción simbólica del sonido articulado. El significante ya actúa somáticamente en ese primer nivel, confiriéndole un sentido prelógico y comportamental al fonema (Domínguez Rey, 1993: 276-277). Ya hay en él una razón de «Geistobjekt». Esto presupone asimismo que el primer receptor de la «Sinnesartikulation» es el propio hablante. El nexo de lectura se da previamente en el compromiso existencial del habla y, aún más, en el de escritura, porque aquí el acto expresivo responde a una pregunta implícita que pide ser fecundada, desde el mundo real, por el advenimiento del sentido. El lector inicial de este acto es el mismo hablante. Articula conforme a un sentido latente que se esparce por los voca-

blos y conexiones del texto¹. Los demás lectores van implicados en él sin que los determine a un significado concreto, pero sí los orienta. El resultado final está sometido a un efecto de plusvalía significativa, porque la recepción incluye su transferencia según el molde receptivo y una orientación previa. El actor aprende y dirige un texto siguiendo pautas que no anulan, sino que incrementan, sus dotes interpretativas. Tal es el daimon del significante erótico, cuya semilla despierta la fecundidad intrínseca a todo hombre, su procreación y alumbramiento en la belleza, según dice Diotima a Sócrates (Platón, 1950: 206, c-e). Ahora bien, esto sucede en contacto con la voz fecunda, la que nos pone en estado de posesión, como la de Sócrates, que Alcibiades compara con la flauta de Marsias (Platón, 1950: 215, d). Esto significa reconducir la horizontalidad de la retórica hacia la vertical de la dialéctica, como indica Platón por boca de Sócrates y, éste, de Diotima, cuya voz, secreta, vibra en el filósofo poseído por la revelación de lo oculto. Esa voz es simiente y dota al discurso que la contiene de seguridad y autodefensa, porque lo asiste y lo auxilia, capaz de engendrar, al mismo tiempo, nuevos discursos en los receptores. El discurso los conoce previamente. Es sabio. Sabe ante quién y cómo hablar, o ante quién debe callarse (Platón, 1950, II: 276, c, e; 277, a). El planteamiento socrático cubre el abismo —«Kluft»— entre los estados de conciencia —la nada de Humboldt— con un rastro del significante (Platón, 1950: 208, a, b). Entre significado y significado hay un intermedio que permite relacionarlos en una misma unidad percipiente. Sin esa huella germinal, la memoria no existiría y el conocimiento sería pura ilusión creadora, si ésta pudiera existir, a su vez, sin una base de encadenamientos imaginarios. Eros se impregna de «sofía» y la dialéctica supera a la retórica. El eros filosófico de la escritura tiene raíz femenina, como el nuevo concepto que engendra. Es voz participante y participada, «voz que congrega... como livre doação dos que se humanizan no convívio» y que provoca «outras vozes para a realização de objetivos comuns» (D. Schüler, 1992: 19). De este modo, el texto resulta paso del caos al orden en la plusvalía del significante erótico.

N O T A

- 1 En este sentido, vienen a cuento unas observaciones precisas del poeta A. Carreño (1990: 36) sobre el autor en cuanto «primer y más cualificado receptor de la emoción contenida en el poema». Como en éste, también el habla ordinaria, sobre todo si busca un grado específico de expresión, espontánea o no, supone un «logro» de cumplimiento intencional. De lo contrario, se corrige a sí misma. El impulso de autoaceptación expresiva, casi nunca colmada —seguimos hablando y escribiendo—, lo dicta el lenguaje desde su encarnación apofántica. El hablante lo escucha escuchándose. A. Carreño describe este fenómeno desde una perspectiva creadora que, para nosotros, actúa en todo segmento de habla, aunque no siempre con idénticos presupuestos, pues no toda dicción resulta poética. «Como un reencuentro con la intuida voluntad de hacer, como un descubrimiento jadeante y exterior de lo que se sentía dentro, como la contemplación que la embarazada lleva a cabo del rostro del hijo recién nacido, así el poeta lector recibe su propia obra ajena, cristalizada en las palabras que... fue tallando desde el anhelo., desde la necesidad encendida. No es un trabajo lo que el creador contempla, sino lo que ha generado su propia vida, su única y múltiple conciencia de existente».

B I B L I O G R A F Í A

- BARTHES, R. (1970): «L'ancienne Rhétorique. Aide-Mémoire», *Communications*, 16, pp. 172-229.
- CARREÑO, A. (1990): *Dormitorio de Cosechas*, Málaga: Puerta del Mar, XL. Excm. Diputación Provincial.
- DOMÍNGUEZ REY, A. (1993): «Lenguaje y Lebenswelt», en *Sobre el Concepto de Mundo de la Vida*, J. San Martín (ed). Madrid, UNED, pp. 271-279.
- (1994): «Exposición crítica del método lingüístico de Hjelmslev», *Philologica Canariensis*, O, pp. 11-136.
- HJELMSLEV, L. (1968-1971): *Prolegomènes à une Théorie du Langage*, París, Minuit.
- (1971): *Essais Linguistiques*, París, Minuit.
- (1976): *Principios de Gramática General*, Madrid, Gredos.
- (1985): *Nouveaux Essais*, París, Minuit.
- HUSSERL, E. (1976): *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*, Hus. VI. The Hague, Martinus Nijhoff.
- ISER, W. (1970): *Die Appellstruktur der Texte. Unbestimmtheit als Wirkungsbedingungen literarischer Prosa*, Konstanz.
- (1972): *Der Implizite Leser. Kommunikationsformen des Romans von Bunyan bis Beckt*, München.

- (1976): *Der Akt des Lesens. Theorie ästhetischer Wirkung*, München.
- (1991): *Das Fiktive und das Imaginäre. Perspektiven literarischer Anthropologie*, Frankfurt am Main, Suhrkamp.
- MUSSET, A. de (1957): «La Nuit de Mai», en *Poésies Complètes*, París: Gallimard.
- NAM-IN LEE (1993): *Edmund Husserls Phänomenologie der Instinkte*, Phaenomenologica, V, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, p. 128.
- PLATÓN (1950): *Le Banquet*, en *Oeuvres Complètes, I*. París, Gallimard.
- (1950): *Phèdre*, en *Oeuvres Complètes, II*. París, Gallimard.
- SCHABERT, T. (1994): «Chaos und Eros. Über die Strukturierung menschlicher Existens in Denken», en *Strukturen des Chaos*, T. Schabert-E. Hurnung (ed). München, W. Fink Verlag, pp. 151-186.
- SCHARF, H. - W. (1994): *Das Verfahren der Sprache. Humboldt gegen Chomsky*, Paderborn, Ferdinand Schöningh.
- SCHULER, D. (1992): *Eros: Dialética e Retórica*, Sao Paulo: EDUSP, Universidad de Sao Paulo.
- VARGAFTIG, B. (1994): «Tout poème est un acte de résistance», en *Poésies de Résistance*, I-XXXVI. París, J'Al Lu.